

NÚCLEOS TEMÁTICOS DE LA ENCÍCLICA *FRATELLI TUTTI*

San Juan de Letrán, 15 de noviembre de 2020

Card. GIANFRANCO RAVASI

Una premisa

Comenzaremos con un relato de la espiritualidad budista tibetana, ajeno por tanto a la Encíclica, pero significativo. Un hombre avanza solitario en el desierto, por un camino que se pierde en el horizonte. De repente, se da cuenta de que a lo lejos, un ser que todavía no logra distinguir, avanza por el mismo camino. Podría ser una de las fieras que habitan esas tierras desoladas: el corazón del viandante empieza a latir rápidamente por el miedo, también porque en la estepa no se ven ni refugios ni presencias que le puedan ayudar. Es necesario, pues, seguir caminando. Más adelante consigue identificar mejor esa silueta: es un hombre. Pero no por ello cesa el miedo, dado que podría tratarse de un saqueador agresivo. En todo caso, es necesario seguir avanzando, aun con la angustia de quien teme sufrir una agresión. A estas alturas, el viandante ya no tiene el coraje de levantar la mirada. Siente que los pasos del otro están cada vez más cerca. Ya están el uno frente al otro: levanta la mirada y clava los ojos en el rostro que tiene delante. Y he aquí la sorpresa que se transforma en un grito: «¡Es mi hermano, al que no veía desde hace tantos años!».

Hemos querido recordar al comienzo de esta presentación, una antigua parábola que pertenece a una religión y a una cultura diferentes, para mostrar cómo el anhelo que impregna la nueva encíclica del Papa Francisco, *Fratelli Tutti*, forma parte del aliento espiritual de toda la humanidad. No en vano, hallamos en el texto algunas citas “laicas” totalmente inesperadas, como, por ejemplo, la del poeta y músico brasileño Vinicius de Moraes (1913-1980) que en su *Samba de la bendición*, un disco de 1962, cantaba: «La vida es el arte del encuentro, aunque haya tanto desencuentro por la vida» (n. 215). Se reconocen también la inspiración y las palabras de aliento ofrecidas por el Patriarca ortodoxo Bartolomé y el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb de El Cairo (n. 5). Además, puede resultar sorprendente, pero en tres ocasiones se hace referencia a la película *El Papa Francisco: un hombre de palabra* (2018), del director alemán Wim Wenders, en la que la voz del protagonista se amolda a la de San Francisco (n. 48), exaltando las diferencias creativas (n. 203) y concluyendo con un destello luminoso: «Dios no mira con los ojos, Dios mira con el corazón. Y el amor de Dios es el mismo para cada persona sea de la religión que sea. Y si es ateo es el mismo amor. Cuando llegue el último día y exista la luz suficiente sobre la tierra para poder ver las cosas como son, ¡nos vamos a llevar cada sorpresa!» (n. 281).

Un tríptico de temas

Después de estas premisas, ha llegado el momento de entrar directamente en el texto pontificio, que se desarrolla a partir del llamamiento de Francisco de Asís en sus *Admoniciones*: El Pontífice se dirige «a todos los hermanos y las hermanas, y les propone una forma de vida con sabor a Evangelio». El estilo que adopta la Encíclica podría

compararse con el movimiento de las olas, que retroceden desde la costa hacia el mar. Si las contemplamos a la luz de la luna, advertimos que cubren constantemente más o menos los mismos espacios, pero lo hacen de una manera siempre nueva, como lo demuestra el juego de las olas y los destellos de luces que se desprenden de sus crestas iluminadas por los rayos de la luna. Se retoman algunos temas de manera continua, pero nunca como una mera repetición, sino con una nueva mirada, como eflorescencias inéditas, recreaciones inesperadas que reafirman, de manera incisiva, el tema dominante y revelan destellos adicionales de ese mar humano, espiritual y sociocultural que es «la fraternidad y la amistad social», ya expresadas en el subtítulo de la Encíclica.

Nuestra incursión en los ocho capítulos y 287 párrafos del texto pontificio, sellado por una intensa y doble oración, una al Creador universal, «Padre de la humanidad», y otra de corte cristiano-ecuménico, pretenderá solo aislar algunos núcleos temáticos, excluyendo así una exégesis sistemática del texto. Lo haremos a través de una especie de tríptico que intenta resumir, simplificándolo, un texto muy amplio, encomendando una continua lectura a quienes deseen recoger su multiplicidad y riqueza de ideas. Optaremos también por reducir el número de citas directas de la Encíclica, señalando más bien sus consideraciones temáticas.

El primer panel del tríptico: «Las sombras de un mundo cerrado»

El primer panel de nuestro tríptico es oscuro y se corresponde al primer capítulo en el que el Papa, con gran realismo, esboza el horizonte sombrío en el que estamos inmersos. El título mismo es emblemático: *Las sombras de un mundo cerrado*. Estos son solo algunos signos de las tinieblas que atenazan a nuestro planeta y a la época presente. Los sueños de una Europa unida, las aspiraciones de integración, la globalización misma, se están resquebrajando bajo la amenaza de los nacionalismos y los soberanismos, de los individualismos y de los egoísmos. Se manipulan palabras y valores fundamentales como democracia, libertad, justicia. Crece el número de los «descartados», dejados al margen de una aceleración cada vez más frenética y de un consumismo que alimenta necesidades innecesarias. Se multiplican los conflictos regionales (la «tercera guerra mundial en etapas»), con sus miedos y miserias.

En las redes informáticas se intensifican las agresiones, los brotes de odio, las falsedades descaradas, las manipulaciones y los fanatismos. La cultura digital, en lugar de unir, como es propio de su estructura comunicativa, divide y genera desigualdades y confusiones. Sin embargo, en este capítulo y en los sucesivos, nunca se separa a este realismo de la esperanza y de la confianza en la humanidad. Por el contrario, la estructura de la Encíclica adquiere un estilo propositivo, se transforma en un llamamiento concreto a avanzar por los caminos que se abren ante nosotros, para recomponer «una fraternidad y una amistad social».

Es en esta perspectiva que entra en escena una figura ejemplar, que se aproxima a un «mundo cerrado». Es lo que se describe en el capítulo 2 bajo el título simbólico de: *Un*

extraño en el camino, una narración conocida por todos, presente en un pasaje del Evangelio de Lucas (10,25-37) y que el Papa evoca justamente en ese título, es decir, la parábola del Buen Samaritano. Un camino serpentea entre los montes yermos del desierto de Judá y desciende, de barranco en barranco, desde los 800 metros de Jerusalén a más de 300 metros por debajo del nivel del mar del oasis de Jericó. Un cuerpo ensangrentado yace al borde de ese camino; unos salteadores, tras haberle atacado, lo han abandonado maltrecho en la soledad de la estepa. La espera de la llegada de un transeúnte se convierte en algo angustiante para el lector, que sigue de cerca la escena, casi como si estuviera escuchando la narración de Jesús. Y he aquí que por fin, desde lejos se vislumbra a un sacerdote del templo de Sion que, habiendo terminado su turno de ofrecer el culto, regresa a Jericó, una ciudad residencial de sacerdotes.

Pero enseguida nos embarga la decepción: «cuando lo vio, pasó de largo», preocupado más bien por no contaminarse con la sangre de un herido o quizás, peor aún, con un cadáver. De hecho, según la ley bíblica, este contacto le habría incapacitado para el culto durante un determinado período de tiempo, convirtiéndolo precisamente en un «impuro». Pero una vez más se escucha el ruido de unos pasos: es un levita, que también se dedica al servicio litúrgico en el templo jerosolimitano. De nuevo, la decepción: también él «vio y pasó de largo». La tensión llega ahora a su apogeo. Para ese desgraciado, medio muerto, la esperanza se desvanece.

Sin embargo, aparece en escena un tercer viandante, un samaritano. ¿Cabe esperar algo bueno de un «hereje», adversario de los judíos, a pesar de convivir en la misma tierra? Aun así fue el único que se detuvo, se acercó y se inclinó sobre el desdichado, le miró y sintió «compasión». Este vocablo no debe engañarnos, remitiéndonos a la piedad genérica de un operador sanitario. En el griego del Evangelio de Lucas este verbo denota “pasión”, más que “compasión”, cuando se refiere al amor misericordioso. Es, de hecho, el término griego *splanchnízomai* el que denota las entrañas maternas, la emoción más íntima, intensa y delicada.

No en vano, el amor del Samaritano es activo y afectuoso. Vendó como pudo las heridas, vertió sobre ellas vino y aceite, según los métodos que se utilizaban antiguamente a la hora de prestar primeros auxilios, cargó a la víctima sobre su cabalgadura y la bajó hasta el primer caravasar, que servía también de albergue. Y aquí Jesús recuerda, en dos ocasiones, cómo «cuidó» de este infeliz, no dudando en cubrir personalmente, con una suma de dinero, los gastos de estancia. La narración evangélica desea enfatizar la dimensión personal de estas acciones. Es lo que se indica en el relato a través de la repetición, casi martilleante, del pronombre personal griego *autós*: «llegó adonde estaba él y, al verlo, se compadeció, acercándose, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó... ¡Cuídalo bien!».

El sacerdote y el levita encarnan la religiosidad rígida y formal que aleja del prójimo. El Samaritano representa la verdadera fe que se une al dolor ajeno con misericordia para aliviarlo. Si quisiéramos actualizar la conmoción que esta parábola

suscitaba en el auditorio de Jesús, podríamos reescribir el relato como hizo un exégeta bíblico. «Imagínate a ti mismo, blanco racista, quizás afiliado al Ku Klux Klan, tú que montas un escándalo si entra en un local público un hombre de piel oscura o amarilla, y no pierdes la oportunidad de manifestar tu desprecio y tu aversión hacia la gente de color. Imagina que te ves envuelto en un accidente de tráfico, en una calle poco transitada, y te estas desangrando, mientras que los pocos coches que pasan, con un conductor blanco a bordo, reducen la velocidad, pero no se detienen. Imagínate que, en un momento dado, pasa un médico de color y se detiene para socorrerte...».

Es importante, además, hacer alusión al marco en el que se desarrolla el relato de Jesús y a la pregunta de aquel doctor de la ley: «¿Quién es mi prójimo?». Pregunta “objetiva”, casi académica, destinada a definir quién es el verdadero prójimo, merecedor de este título. Sin embargo, al final es Jesús mismo quien le plantea de nuevo la pregunta. Pero ésta es muy distinta a la anterior: «¿Cuál de estos tres ha sido prójimo de quien cayó en manos de los salteadores?». La inversión es evidente y también el Papa la percibe cuando alude nuevamente a la parábola: En vez de discutir “objetivamente” sobre la definición de prójimo (italiano, europeo, africano), Cristo nos invita a comportarnos “subjetivamente” como prójimo con quien está necesitado e interpela a nuestra humanidad y a nuestra misericordia.

El Papa Francisco retoma, por tanto, esta invitación a tender activamente nuestras manos hacia el «abandonado», alejándonos de la indiferencia de una sociedad que se molesta por los sufrimientos y las heridas de muchos, que vuelve la mirada hacia otro lado, que pasa de largo e ignora a los desdichados, como hicieron el sacerdote y el levita de la parábola. La Iglesia, en cambio, debe estar en primera línea, en las aceras de la historia donde acampan los marginados, en las favelas, en las periferias de las metrópolis donde abundan la violencia y el abuso. Se abre así el horizonte luminoso del compromiso y de la fraternidad.

El segundo panel del tríptico: «Gestar un mundo abierto»

Éste es el segundo cuadro de nuestro tríptico: se encuentra en el centro porque es el más grande y rico, y recoge los caps. 3-6 de la encíclica. El título podría ser el que encabeza el tercer y cuarto capítulo: *Pensar y gestar un mundo abierto, un corazón abierto al mundo entero*. Como es evidente, la expresión fundamental es «mundo abierto». Se trata de disipar las tinieblas del horizonte sombrío, de romper los cerrojos de las puertas atrancadas de un «mundo cerrado». Se multiplican aquí las ideas positivas, las exhortaciones generales y específicas que solo podemos ejemplificar. Lo que se propone es una apertura, no solo geográfica sino ante todo existencial, que trasciende las fronteras. Se reafirma, así, una tetralogía verbal, a menudo reiterada en las intervenciones del Papa Francisco: «acoger, proteger, promover e integrar» (léase, al respecto, en línea con la atención a los fenómenos migratorios, el intenso n. 130).

Un itinerario de compromiso concreto se destina, ante todo, a la *política*, en la que se centra todo el capítulo 5, como expresión del cuidado del bien común. Son muchos los aspectos que se incluyen, como la salvaguardia de la dignidad humana, verdadera piedra angular de la acción política, un dato que tiene como corolario necesario la participación de los excluidos en la construcción de la sociedad y, a nivel general, una atención por el trabajo. Una nota que ha suscitado diferentes reacciones es la crítica al populismo: a través de éste, el líder instrumentaliza la cultura y la sensibilidad de un pueblo. Paralela es la crítica al liberalismo económico radical, que se muestra incapaz de una equilibrada justicia social. A este respecto, es interesante la observación según la cual la política no debe someterse totalmente a la economía, sobre todo cuando ésta se reduce al paradigma de la tecnocracia financiera (n. 177).

Se pasa, entonces, sin solución de continuidad, a la *sociedad* que debe enarbolar dos estandartes, que dan nombre al título del capítulo 6: *Diálogo y amistad*. Es, en la práctica, esa cultura del encuentro que entrelaza las diversas tipologías populares, académicas, artísticas, tecnológicas, familiares, mediáticas, económicas, juveniles, etc. Es la sociedad pluralista, orientada a la búsqueda de la verdad auténtica, que el Papa Francisco representa con una hermosa imagen, especial para él, la del poliedro de muchas caras, que excluye la del monolito exclusivista. O, si se desea, es la referencia a la construcción de puentes ideales sobre los que corren el diálogo y el encuentro entre orillas diferentes, con perspectivas diferentes. Es significativo, en este enfoque, el llamamiento a «recuperar la amabilidad» que San Pablo considera un fruto del Espíritu de Dios (Gálatas 5,22) y que, como ya ha sucedido, el Papa declina hasta la cotidianidad más modesta, con los pequeños gestos que subyacen al «gracias», «perdón», «permiso».

Aprovechamos también la ocasión para destacar un elemento que ha suscitado críticas totalmente incoherentes. Siguiendo toda la tradición de la Iglesia, el Papa Francisco reafirma la primacía del destino universal de los bienes, a los que debe subordinarse, como instrumento operativo, la propiedad privada, asumida a menudo como dogma supremo. Y lo hace citando un pasaje explícito de la *Centesimus annus* (1991) de San Juan Pablo II: «Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno». Al margen, quisiéramos añadir estas ardientes palabras de San Ambrosio en su obra *De Nabuthe*: «En común ha sido creada la tierra para todos, ricos y pobres; ¿por qué os arrogáis, oh ricos, el derecho exclusivo del suelo? No le das al pobre de lo tuyo, sino que le devuelves lo suyo. Pues lo que es común y ha sido dado para el uso de todos, lo usurpas tú solo. La tierra es de todos, no sólo de los ricos. Pero son muchos más los que no gozan de ella que los que la disfrutan. Pagas, pues, un débito, no das gratuitamente lo que no debes».

En consonancia con el análisis de la ética económica desarrollado por la Encíclica, cabe destacar la crítica evangélica que el Papa dirige, en varias ocasiones, a los abusos de modelos financieros y a las prevaricaciones de las leyes del mercado, consideradas normas intangibles. Asimismo es interesante el llamamiento reservado a la actividad de los empresarios, «noble vocación orientada a producir riqueza y a mejorar el mundo para

todos» (n. 123), garantizando así la creación de fuentes de trabajo, la superación de la miseria, un hogar y el desarrollo. La misma disponibilidad de acceso a los medios digitales, extendida al mayor número de personas, es una meta a alcanzar en el actual contexto social, sin por ello olvidar la ya citada condena de los «movimientos de odio o de destrucción» transmitidos por estos medios. «El mayor peligro no reside en las cosas, en las realidades materiales, en las organizaciones, sino en el modo como las personas las utilizan» (n. 166).

El tercer panel del tríptico: el diálogo intercultural e interreligioso

Después de haber delineado y examinado los dos grandes horizontes de la política y de la sociedad, la Encíclica reserva los dos capítulos finales, el 7 y el 8, a una mirada coral y de apertura universal, implicando los grandes valores de todas las culturas y religiones. De hecho, la fe, aun respetando la autonomía de la política y de las estructuras sociales, no puede permanecer al margen en la construcción de un mundo mejor, sino debe comprometerse en el desarrollo humano integral. También en este caso nos conformamos con algunas alusiones y nos remitimos a la lectura del texto.

Se presta especial atención, por ejemplo, a la *paz* que nace de la superación de la «inequidad» de la distribución de los bienes y de la iniquidad de la guerra, negación de todos los derechos y agresión al ambiente natural. Es fuerte el llamamiento a la eliminación total de las armas nucleares y a la negación de la tesis de la «guerra justa» («¡Nunca más la guerra!»). Es, por tanto, fundamental el tema del *perdón* y de la reconciliación, que no suprimen la justicia necesaria. No se trata de renunciar a los derechos justos ante un poderoso corrupto, un criminal o ante quien degrada la dignidad humana. Tampoco es la inducción a la impunidad: «La justicia sólo se busca adecuadamente por amor a la justicia misma, por respeto a las víctimas, para prevenir nuevos crímenes y en orden a preservar el bien común, no como una supuesta descarga de la propia ira. El perdón es precisamente lo que permite buscar la justicia sin caer en el círculo vicioso de la venganza ni en la injusticia del olvido» (n. 252).

A la luz de esto, resulta evidente que *la pena de muerte* es moralmente inaceptable y no es legítima desde el punto de vista penal por su desproporción, como tampoco lo es la cadena perpetua, ya que es una especie de pena de muerte oculta. El cristianismo ofrece naturalmente una aportación decisiva en la exaltación de los valores de la paz, de la vida, de la justicia y del perdón. Y aquí el Pontífice cita un hermoso pasaje de su discurso en el encuentro ecuménico en Riga, Letonia, de septiembre de 2018: «Si la música del Evangelio deja de sonar en nuestras casas, en nuestras plazas, en los trabajos, en la política y en la economía, habremos apagado la melodía que nos desafiaba a luchar por la dignidad de todo hombre y mujer» (n. 277).

Pero «las distintas religiones, a partir de la valoración de cada persona humana como criatura llamada a ser hijo o hija de Dios, ofrecen un aporte valioso para la construcción de la fraternidad y para la defensa de la justicia en la sociedad» (n. 271).

Como creyentes, nos sentimos todos motivados a volver siempre a nuestras fuentes espirituales, que son la adoración a Dios y el amor al prójimo, por lo que toda violencia en nombre del mismo Dios, es blasfemia, así como lo es toda hipocresía que encubre el desprecio, el odio, la xenofobia, la negación del otro. Como colofón de la imponente arquitectura temática, religiosa, moral y social de la Encíclica, el Papa deja la palabra al beato Charles de Foucauld (1858-1916), el mártir del diálogo intercultural e interreligioso en el Sahara argelino, cuya canonización es ya próxima.

He aquí su testimonio, grabado en el último párrafo de la Encíclica: «Él fue orientando su sueño de una entrega total a Dios hacia una identificación con los últimos, abandonados en lo profundo del desierto africano. En ese contexto expresaba sus deseos de sentir a cualquier ser humano como un hermano, y pedía a un amigo: “Ruegue a Dios para que yo sea realmente el hermano de todos”. Quería ser, en definitiva, “el hermano universal”. Pero sólo identificándose con los últimos llegó a ser hermano de todos. Que Dios inspire ese sueño en cada uno de nosotros. Amén» (n. 287).